

A woman is lying horizontally on a wall covered in floral wallpaper. She is wearing a tan, short-sleeved dress with a large circular buckle at the waist and black high-heeled sandals with gold detailing. Her arms are behind her head, and her legs are extended. Below her, a dark wood chest of drawers with five drawers is visible. The floor is covered in a textured, olive-green carpet.

RARA

NATALIA ZITO

emecé

Natalia Zito

Rara



emecé
cruz del sur

1

Me toco un rato por encima de la bombacha, más tiempo del que en realidad quiero. Él tenía la costumbre de sacármela enseguida. Desde que me la sacaba hasta que terminábamos, me lamentaba mentalmente por ese apuro. Ahora, en mi cabeza, hay dos hombres. Uno me agarra por atrás. Puedo ver sus manos sobre mis tetas, mientras el otro mete su boca entre mis piernas. De pronto, me obligan a pararme en medio de ellos. No tengo grandes ideas acerca de cómo puede continuar la escena, entonces quedamos detenidos: los tres en fila sin saber qué hacer. Mientras busco en el repertorio de cosas que me calientan, desciende un poco la excitación y me pregunto hasta qué punto es posible remontarla sin llegar a la tristeza. Otra vez los tres en fila. El que está adelante me lleva hacia él para

que me siente encima y me corre la bombacha apenas a un lado. Eso me calienta. El hombre de atrás desaparece. Tengo el acolchado rozándome el mentón, el que compré a las corridas después del trabajo para llegar a tiempo de tildar el casillero de esposa en casa. De un lado tiene un estampado de hojas blancas sobre fondo bordó. Las hojitas que nos gustaban cuando nos fuimos a vivir juntos. Del otro, el bordó seco que me recordaba todas las noches que nos íbamos a separar.

Doce años debajo del mismo acolchado.

Mientras sigo tocándome, giro la cara hacia un costado con los ojos cerrados y siento ese olor a nosotros. El acolchado conserva la transpiración de él, de mi ex, y el olor ácido de noches en silencio. Me saco el acolchado de la cara y sigo con los dedos, ahora por debajo de la bombacha. En la escena estoy encima del fulano. No me gusta arriba, o me gusta pero no acabo. Ahora no acabo. Con él sí acababa. Cuando voy arriba con cualquier otro, el clítoris no llega a rozar lo suficiente, entonces siento nostalgia de su panza y me dan ganas de vengarme. Él inflaba la panza, consciente del recurso, y yo gozaba como una perra. Cogíamos

siempre así. Yo gozaba sobre su panza. Una noche en la que estábamos cogiendo a pesar de que el aire acondicionado no funcionaba, se cubrió parte de la panza con el acolchado y lo apretó ligeramente contra mí. No entendí si tenía frío, si estaba poniendo una tela para evitar la mezcla de transpiraciones o si quería intensificar el roce de mi clítoris sin tocarme directamente. En esa época, ya casi no me tocaba las tetas o me las tocaba lo reglamentario. Cuando movió el acolchado encima de él, sentí este mismo olor a transpiración que se parece a la sopa. Fingí el orgasmo de siempre, me bajé y me dormí sin saludar.

Estoy arriba del fulano de mi fantasía por obligación o inercia. Ya tengo la mano en cualquier lado menos en la bombacha. Abro los ojos y otra vez la sopa, ahora encima. Respiro profundo para sentirla de nuevo. No me gusta pero me acerco el borde del acolchado otra vez a la nariz. Inspiro. Son las dos de la mañana. Me vuelvo a ver cabalgando sobre su panza blanda y redonda; luego lo veo rechazándome durante tres noches seguidas; lo veo perdido en el celular mientras pasaba a su lado moviendo el culo como una vedette sin

trabajo; lo veo tirado en la cama después de comer a reventar y que la panza se le triplicara en tamaño; lo veo sonriéndome cómplice en las reuniones familiares, haciéndome sentir única, esperándome con cara de culo cuando cenaba con mis amigas; lo veo inmóvil a la madrugada cuando lan se despertaba en la cuna por quinta vez; lo veo pasándome el frasco de esperma para que fuera yo quien lo entregara en el laboratorio; lo veo y lo escucho reprochándome porque yo no sabía qué hacer cuando lan no paraba de llorar, diciéndome que otras chicas tienen instinto materno y disfrutan de dar la teta; lo veo mirándome con esos ojos en los que siempre resultaba poca madre.

Lo voy a tirar a la basura. Voy a tirar el acolchado gordo y pesado a la mierda. Voy a tirar todo lo que me recuerde a mí cuando estaba con él.

2

Tomo lo que quedaba de whisky de un saque y me levanto. Tengo puestas las medias de lana naranjas. No puedo tocarme si tengo los pies fríos. Me pongo el buzo verde oscuro, el que le regalé porque era suave y él usaba protestando porque le quedaba corto. El día que hizo las valijas lo escondí en el cajón de mis camisones. Me gusta dormir con este buzo. Me queda ancho y llega a taparme el culo de vedette.

Estiro el acolchado sobre la cama. Quiero ver el estampado de hojitas blancas. Es una cama *king size*. Las camas *king size* son camas de matrimonios que engordan. La nuestra nunca tuvo respaldo. No tuvimos plata para eso. Mentira. Decíamos lo de la plata para no tener que hacernos preguntas. Los respaldos de las camas no cumplen ninguna función que no pueda cumplir una pared,

decía él. Le creí. Acepté la mancha de grasa que se fue haciendo sobre la pintura del lado de su almohada como un desgaste más de la pareja.

Camino alrededor, en un costado todavía tiene el alfiler de gancho que me sacó de un pantalón cuando todavía cogíamos pensando en calentar al otro. Nos reímos cuando encontró el alfiler en lugar del botón saltado del jean, me dijo que me quería, que le gustaba que no ocultara mis defectos.

Al cabo de un par de vueltas, me tiro sobre el acolchado y me quedo mirando el techo de madera a dos aguas. Cuando nos mudamos al departamento fui yo la que puso el acolchado en la cama por primera vez. Aquel día también caminé alrededor, recordando la cama de mis padres con la colcha Palette roja, emocionada porque había alcanzado mi propia cama matrimonial. Me imaginé embarazada, nos vi con un bebé, orgullosos de lo que habíamos hecho en ese mismo lugar.

Me paro sobre la cama.

Admiro mis pies naranjas hundidos en el estampado de hojitas blancas. Estas medias las compré cuando me fui sola a Inglaterra a los

dieciocho años, cuando la historia de mi madre casándose virgen y teniendo cuatro hijos era el faro a seguir, cuando mi vida estaba por suceder. Empiezo a saltar. Primero despacio y después más rápido. Muevo los brazos hacia el centro y luego arriba para tomar envión. Apenas caigo sobre el acolchado, vuelvo a impulsarme. Me mareo pero pongo atención en saltar más alto. El acolchado empieza a arrugarse, a correrse. Imagino que las hojitas sufren, se retuercen en dobleces que quisieran evitar. Apenas logran acomodarse; otra vez caen mis pies con todo el peso del cuerpo encima. Me río. Enseguida son carcajadas. Me río y salto y caigo cada vez más mareada. Hago fuerza para reírme con ruido, no me alcanzan las risitas moderadas de siempre. Oigo crujir el colchón y me digo que también lo voy a tirar a la mierda. Que lo voy a destruir y me voy a deshacer de él y de mí. En el último salto doblo las piernas en el aire y caigo sobre las rodillas. Me quedo mirando alrededor. Voy a tirar todo a la basura, digo con los dientes apretados de mi madre.

Me convierto en ella cada noche.

Bajo de la cama y arrastro de una punta el

acolchado hacia el piso. Saco las sábanas de cuando tenía veinte años y mi mamá no me dejaba ir al departamento de mi novio, pero me regalaba cosas para el ajuar. Queda el colchón desnudo. Tiene dos manchas grandes, las dos rojizas. Una es sangre y la otra, Campari. La sangre es mía, de la noche en que cogimos igual porque estaba oscuro y él no se dio cuenta. El Campari me lo tiró encima el segundo tipo después de que él se fue. El segundo con el que estuve, pero el primero que metí en la cama en la que había dormido con él durante doce años. Al primero me lo cogí en un hotel de mala muerte en la costa, una noche en la que me di cuenta de que para coger ya no era tan importante saber el nombre, sino cerciorarme de que no tuviera panza.

Tiro sobre el colchón dos rollos de correa para persianas. Estiro el acolchado sobre el piso, camino encima de las hojitas blancas. Lo voy a atar para manipularlo como si fuera un matambre. Decir matambre me hace vibrar la boca de una manera que no me gusta, pero repito: matambre. Me arrodillo. Lo doblo y van desapareciendo las hojitas. Se ve solo el bordó.

Llegó un momento en que las hojitas nos cansaron. Entonces lo empecé a poner del lado liso. A él no le gustaba. Una noche discutimos por el color y terminó diciendo que para él no era del todo bordó, era rojizo medio fucsia, que era color de mina o de puto, y que además era demasiado abrigado. Siempre había pensado eso, pero empezó a decirlo todas las noches.

Es muy gordo. Lo doblo en tres y lo tengo que aplastar varias veces para enrollarlo y que quede un cilindro. Busco la soga sobre el colchón y empiezo a pasarla alrededor del cilindro. Se desarma. Me siento a caballito y me concentro en ajustar cada vuelta. Siento el olor a sopa y me digo que es la última vez. Quiero hacer un nudo pero el ancho de la correa no me deja. Voy a buscar otro pedazo de soga. Cuando vuelvo, me siento otra vez a caballito y repito todo lo anterior. Ahora sujeto la correa con la soga y queda un nudo feo pero firme. Empujo el rollo hasta la escalera, lo pateo para que caiga solo. Bajo detrás, pateándolo, y lo dejo tirado en el living.

Son las tres de la mañana.

El rollo es obscenamente grande. Podría

dejarlo tirado y resolver esto mañana pero no quiero volver a sentir su olor ni una sola vez. Le apoyo una rodilla encima, dejando caer toda la fuerza sobre mis manos para que el matambre se acerque a las dimensiones de la bolsa más grande que encontré. Estoy montada al acolchado, sosteniéndolo por la sogá como si fuera una montura, pero no entra.

Tengo un paquete de bolsas de consorcio de mala calidad que tuve que dejar de usar porque, cada vez que él se acercaba al tacho, se quejaba del olor a plástico cancerígeno y dejaba lo que tuviera para tirar sobre la mesada. Sé que no están en el cajón de las bolsas. Las dejo acá por si las necesito, me debo haber dicho a mí misma, sacándolas del cajón de siempre. Tengo la frase, la intención y la pertinencia del nuevo lugar, pero no recuerdo dónde era. Siempre me pasa eso. Retengo la sensación, pero casi nunca los detalles. Puedo recordar si me gustó una película, grabar el tono de voz con el que fueron dichas algunas frases, pero olvidar por completo el argumento. Insisto varias veces con el cajón de siempre. Nunca dejo de esperar que las cosas se acomoden solas.

Luego de quince minutos, que son cuarenta en mi cuerpo, encuentro las bolsas en una caja de bananas que etiqueté mentalmente como cosas que puedo necesitar.

Son las tres y veinte de la mañana.

Me muevo por la casa con cierto gusto y conciencia de mi facha enloquecida. Arrastro la bolsa de consorcio hacia el acolchado. Es mentira que a los muertos los sacan en bolsas de consorcio. Cuando considerás las bolsas para ese uso, te das cuenta de que hay que descuartizarlos.

Le pongo un pie encima para meterlo. Tengo ganas de llorar. Le hundo la rodilla agarrándolo por una de las sogas. Pierde volumen de un lado y gana del otro. El olor otra vez. Me arrodillo encima. Quiero meter lo gordo del matambre en la boca de la bolsa. Hasta que no te pasa no sabés, dice mi madre y tiene razón. Una vez que decidiste que vas a matar, no tolerás que no se muera. Si lo vas a tirar a la basura, más vale que se meta en la bolsa. Si está muerto, qué más da quebrarle una parte, dos, tres o veinte. Cortar los pedazos que hagan falta para que entre cómodo dentro del saco de muerto y se convierta en bultos irregulares que

podrían ser un mueble o un chancho. Desde el momento en que decidís que si es necesario lo vas a cortar, te tranquilizás.

Otra vez la rodilla encima del matambre bordó y las manos sujetando la soga. Miro alrededor. Mi madre hacía eso cuando estaba arreglando algo y por algún motivo no podía seguir. En la casa de mis padres era ella la que arreglaba las cosas. La reactancia del tubo de la cocina se rompía todo el tiempo. Muchas veces ni siquiera cortaba la luz. Sabía manipular los cables y yo creía que mi madre era más potente que la electricidad. Concentrada, levantaba los ojos del tubo y los cables y me atravesaba con la mirada, ignorando por completo mi presencia. Luego manoteaba algo que yo jamás hubiera relacionado con la escena, era capaz de arreglar la corriente alterna del tubo con una hebilla. Entonces miro alrededor con los ojos de mi madre, con la confianza y la violencia de ella. No busco algo útil, busco algo sorprendentemente útil. Veo un rollo de vinilo transparente. No es vinilo. *Es papel posicionador*, me aclaró él muchas veces, separando la palabra en sílabas: *po-si-cio-na-dor*.

Separar en sílabas es violencia.

El rollo de vinilo era de un negocio que el padre de él cerró hace diecinueve años. Eso me va a servir, me digo, casi poseída por la mirada y los movimientos de mi madre. Dejo el matambre de acolchado por un instante, como si me alejara sin dejar de apuntarle con un revólver. Agarro el vinilo de mala manera. A ver si esta mierda sirve para algo.

Me siento poderosa.

Pretendo reducir el volumen para que entre. Apoyo el acolchado contra el piso con más fuerza de la necesaria y el olor se multiplica como un aliento putrefacto.

Son las cuatro menos cuarto de la mañana. En cinco minutos me voy a dormir. Gordita, tranquila, me digo casi como si fuera él, y vuelvo a mirar el colchón con las dos manchas.

Atravieso el pasillo de cajas que se formó entre mi dormitorio y el baño. Paso por el cuarto del medio que iba a ser para el tercer hijo que al final no tuvimos. En un rincón hay una montaña de cajas de zapatos vacías, mezcladas y sin tapas. Contemplo las ruinas de una casa en la que nada me

sirve para deshacerme de la que fui debajo de ese acolchado. En el escritorio, al lado de la biblioteca, encuentro una bolsa de nylon violeta en la que entraría un cuerpo. Vuelvo al living con la bolsa. Mientras manipulo el matambre de acolchado, me recuerdo pagándolo, mirando las hojitas, imaginándolas sobre la cama. Recuerdo que le dije a la vendedora que no hacía falta que lo sacara de la funda, que me alcanzaba con tocar la tela para saber que a él le iba a encantar.

En la bolsa violeta el matambre se mete enseguida. La cierro con un nudo gigante de nylon grueso que no puede durar mucho. Agarro el nudo con la mano rara, como quien toma el pescuezo de una gallina y la arrastra sin fijarse qué sucede más allá. Busco el hilo amarillo, el que compré para él, cuando se juntaba a hacer chorizos con los amigos, cuando hacer chorizos me daba asco pero decía que me parecía interesante que compartiera una actividad con sus amigos. El hilo chorizero es como el líquido limpiavidrios, sirve para todo. No eran chorizos, eran *lon-ga-ni-zas*, pero para mí eran chorizos. Siempre esperaban la semana más fría del año. Cuando terminaban se

repartían las longanizas para colgarlas en las casas y que el frío terminara de endurecer la carne. Una vez fui a verlo. Me pidió que lo hiciera. Estaban reunidos en el garaje de la casa del padre de un amigo, en Ciudad Evita. Eran veinte y estaban sentados a ambos lados de una mesa hecha con tablones sobre caballetes. En una punta estaba la máquina de hacer chorizos. Le decían La Chancha. La manejaban entre dos, los más experimentados. Ponían la tripa por un lado y la carne por el otro. Uno giraba la manivela y el otro recibía la carne dentro de la tripa, sosteniéndola con las dos manos. Cuando la longaniza tenía la longitud deseada, ataban los extremos con hilo choricero y volvían a girar la manivela para hacer la siguiente longaniza. Pero antes que eso había que preparar la mezcla de carne.

La mesa de cuatro, cinco metros, estaba totalmente cubierta de carne picada. Él y los amigos estaban sentados alrededor, con las manos sobre la carne. Se iban pasando sobrecitos con ají molido, pimienta y derivados, que cada uno espolvoreaba sobre la franja que le correspondía. Luego,

al unísono del *¡Vaaamosss!*, se ponían a amasar la carne todos al mismo tiempo.

Veinte tipos sentados alrededor de una mesa metiéndole mano a la carne en medio de un frío atroz. A un costado estaba yo.

Doy varias vueltas al nudo de nylon con el hilo hasta que queda firme. Manoteo un cuchillo de la mesada y corto como si tuviera un hacha. Revoleo el ovillo sin mirar adónde cae. Arrastro la bolsa hacia la puerta y luego por el pasto mojado hasta el pilar del medidor de gas, donde la puertita no cierra hace tres años. Lo apoyo sobre el pilar con todo el descuido del que soy capaz. Lo contemplo una o dos veces al regresar.

Cierro la puerta con la plenitud de haber puesto algo en su lugar.

Escucho el ruido de la camioneta del vecino de enfrente. Apago la luz del escritorio y corro apenas la cortina para mirar. Tal vez le llama la atención la bolsa, tal vez me escuchó una semana atrás putear a mi ex en la puerta, y a él decirme que no iba a ver más a Ian, o piensa que lo maté para ver si todavía estoy a tiempo de ser madre. En ese caso, tal vez quiera averiguar qué hay en

semejante bolsa. Pero alguien que vive en un barrio como éste no se acerca a ver si hay un cuerpo descuartizado; llama al guardia de la esquina para que chequee.

Son las cuatro y veinte de la mañana.

Me quedo mirando los enanos de yeso en el jardín del vecino. Ellos no tienen cenizas.